

CAPÍTULO CUARTO.

CONTIENDA PARA LOGRAR LOS ESTATUTOS DE  
LA SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN.

**M**IENTRAS que la Madre Barat estuvo en Grenoble y más aún en los siguientes años, en que dirigía y visitaba los conventos de Poitiers, Niort, Gante y Cuignières, llegó á adquirir mucho ascendiente en el de Amiéns un cierto abate de Sambucy, conocido comúnmente bajo el nombre de abate de Saint-Estève. Era este sacerdote confesor de las religiosas y de las alumnas, sujeto piadoso y de costumbres intachables, pero de genio inquieto; y esto fué también propiamente la causa de haberse hecho imposible, en la junta que se tuvo el año de 1806 en Amiéns, la formación de los estatutos. Sin ponerlo en conocimiento de la Madre Barat había determinado hacer modificaciones en el traje de las religiosas, en el método de la educación, y principalmente en la regla ya incoada. Á las alumnas lo mismo que á las hermanas y aun á la superiora, que era la Madre Baudemont, las dominaba él completamente, y de esta suerte fué esparcida la semilla peligrosa de la discordia en aquel campo tan reciente.

Los amigos de la superiora general le aconsejaron muchas veces, que se revistiera del derecho que le daba su carácter de tal; mas ella se inclinó á esperar en paciencia y haciendo oración el auxilio de Dios, con que habían de allanarse aquellas dificultades. Tal temperamento no solamente era el que más se conformaba con los sentimientos del Corazón de Jesús,

sino el que más juicioso y prudente parecía, dada la incertidumbre que á la sazón reinaba en el curso y suceso de las cosas. Muy expresiva es por cierto, tratándose de sus disposiciones interiores, una carta que después escribió desde París (16 de diciembre de 1810) á la Madre Duchesne. "Mi resolución", decía en ella la Madre Barat, "es categórica: cierto, quiero cumplir fielmente el precepto de Nuestro Señor y Maestro. . . Nada quiero rehusarle; aunque esto es poco: alegre y determinada quiero anticiparme á todos los deseos é insinuaciones de su amabilísimo Corazón, sea la que fuere su voluntad. Venid, ¡oh Dios mío! en auxilio de mi flaqueza; y vos, querida Filipina, rogad por vuestra madre."

Por este tiempo su salud hubo de sufrir recios golpes; una tos seguida de esputos de sangre la obligaba á menudo á guardar cama. En aquellos tiempos difíciles se retiró á la escondida casa de Sainte-Marie d'en-Haut, de Grenoble, donde era tan querida, y donde la Madre Duchesne, que sabía muy bien lo que le convenía, le había dispuesto una silenciosa celdita. Allí la Madre Barat, enferma y oprimida de cuidados, permanecía á menudo y durante largas horas en oración, entregada á la piedad de su corazón, á solas con Aquel que por entonces la probaba y traía á sí por medio de las penas, y que, á su tiempo, oyó sus plegarias.

Por aquel tiempo la Madre Barat tuvo el sentimiento de perder á su amado padre; su madre murió también de allí á pocos años.

Cuando la Madre Barat volvió á Amiéns, por mayo de 1811, encontró á Saint-Estève ocupado en

la composición de nuevos estatutos. Era este un asunto que ciertamente tocaba sólo al Padre Varín y á la rev. superiora, quienes efectivamente ya hacía tiempo que se ocupaban en él. Pero Saint-Estève, que públicamente se hacía llamar fundador de esta Sociedad, se creyó llamado á darle leyes y reglamentos. Sin haber penetrado el espíritu ni comprendido el fin de la Sociedad del Sagrado Corazón, no vaciló en poner manos á la obra. Á diestro y siniestro reunía y entresacaba de las diferentes reglas de las órdenes religiosas lo que le parecía bien; entre muchas otras, de las reglas de las ursulinas, á que antes había pertenecido una de las hermanas, y de las de las clarisas, cuyo hábito vistió antes de la revolución Madama Baudemont, teniendo esta combinación por base la regla de San Basilio. La Madre Barat se enteró muy detenidamente de este peregrino engendro, del cual dió noticia á los Padres Varín y Barat. El Padre Varín, como no podía menos de suceder, lo desaprobó y rechazó.

Como en junio de 1812 el abate Saint-Estève tuviera que ir á París por causas políticas y por disposición de la policía, y durante algún tiempo se viese privado de su libertad, aprovechó las horas de aquel ocio forzado para completar sus "constituciones", las cuales fueron después enviadas á Amiéns y desde allí á todas las casas de la nueva orden. Pero la Madre Baudemont no podía menos de observar que en ninguna parte hallaban gracia, ni aun en la casa de Gante, que era también una fundación de su comunidad. La superiora de Gante, la Madre de

Peñaranda, habló en este punto sin rodeos, diciendo que antes que aceptar tales estatutos dejaría la Sociedad, y que siempre había aspirado á que la regla fuese igual á la de San Ignacio ó tomada de ella.

Entre tanto la nueva Sociedad cno recía. Aunque así dentro como fuera de Francia se pedían nuevas fundaciones, no se pensaba en satisfacer este deseo, porque sobre ser el nuevo instituto sospechoso á los gobernantes de entonces, las discordias intestinas ganaban terreno, y la R. Madre y el Padre Varín se aprestaban á proponer finalmente unas constituciones que concordasen con el designio concebido desde el principio.

Pero como el Padre Varín entonces — ya desde 1807 — por decreto de Napoleón hubiera sido confinado al castillo de Chevroz en Besançon, la Madre Barat partió hacia allá á fines de septiembre de 1813. En aquella expedición sufrió una pena incesante al encontrarse á cada paso pequeñas bandas de la *grande armée*, que atravesaban á Francia, cubiertos los soldados de andrajos, hambrientos y plagados de heridas y miserias, después de la horrible campaña de invierno que hicieron en Rusia, extenuados en medio de los campos y tendidos en los caminos reales ó arrastrándose penosamente. Cuando llegó nuestra Madre á Besançon, toda la ciudad estaba llena de heridos.

En el castillo de Chevroz fué afectuosamente recibida por la hermana del Padre Varín, Madame de Chevroz, y su cristiana familia. "Todas las mañanas," habla el Padre Jeantier, que era á la sazón niño,

“después de misa, veía yo al Padre Varín con la Madre recorriendo pensativo las espaciosas calles de tilos del jardín. El Padre iba despacio, tomaba aquí y allí algunas notas, después permanecía inmóvil, escribía y borraba.” La Madre Barat pasaba largas horas en la iglesia, que está cerca del castillo, y el Padre Jeantier era mandado allí muchas veces á la caída de la tarde para repetirle que era ya hora de comer: tan engolfada estaba en la oración.

La Madre volvió á París en noviembre con la esperanza que Dios había bendecido aquel trabajo. En París hizo sus ejercicios anuales, se ocupó en hacer algunas visitas de inspección, y á principios de enero de 1814 la vemos nuevamente en Amiéns. Siempre se forjaba la esperanza de ganarse á Saint-Estève á fuerza de dulzura y condescendencia para restituir á la Sociedad del Corazón de Jesús su alterada paz.

Pero el hombre propone y Dios dispone: los extraordinarios sucesos que estaban ya próximos, trastornaron por entonces los planes de la Madre Barat. Cayó Napoleón; los Padres de la fe, desterrados por él, volvieron á sus casas, pero su hostil competidor, el abate de Saint-Estève, que en el nuevo régimen recobró también su libertad, hubo de oponerse ahora más que antes al nuevo instituto, gracias al nombramiento que obtuvo de secretario de la embajada francesa en Roma.

El 7 de julio de 1814 partió con el nuevo embajador, el obispo Pressigny, y no habían pasado apenas tres semanas desde su llegada á Roma, cuando ya hizo saber que había presentado en lugar competente,

para ser aprobadas, las constituciones del instituto del Sagrado Corazón; que el nombre “Orden de religiosas del Sagrado Corazón” no agradaba, y parecía visiblemente mejor el de “Apóstoles”, con que ya él había querido denominarlas en Amiéns; y que él mismo se ocupaba ya en “proporcionarles una casa en Roma”. Júzguese cuál no sería la sorpresa de la Madre Barat. Pero todavía fué mayor su perplejidad, porque ahora precisamente, cuando el Papa Pío VII en su bula *Solicitud omnium* llamó de nuevo á la vida solemnemente, para que se extendiera por el mundo universo, á la Compañía de Jesús (7 de agosto de 1814), el Padre Varín con la mayoría de los otros Padres de la fe entró en el noviciado de la misma Compañía, y tenía por consiguiente que recibir una orden terminante de sus superiores antes de ocuparse en los estatutos de las hermanas del Sagrado Corazón.

La Madre Barat contestó á Saint-Estève, — que ahora gozaba de tanto poder y libertad — dirigiéndole una carta atenta y respetuosa, en la cual sin embargo le decía, que ella estimaba prudente, “examinar todavía más los estatutos antes de someterlos á la aprobación de la Santa Sede, y aguardar á que en una asamblea general de la Sociedad se tomase una resolución definitiva”. Manifestóle ingenuamente que “exceptuada la de Amiéns, en todas las demás casas era unánime el deseo de acercarse á la Compañía de Jesús tanto como lo sufriera una comunidad de mujeres . . .” y que “así como al instituto religioso le toca someter sus estatutos al Padre Santo, así es también razón elija ella su propio nombre al solicitar la

aprobación del Vicario de Jesucristo". La carta se terminaba con el deseo más cordial, expresado en los términos más benévolos, de mutua amistosa y plena inteligencia.

De ese modo señaló la Madre Barat el camino recto y el derecho que le asistía; pero no pensaba así Saint-Estève. No pasó mucho tiempo sin que escribiera diciendo, que "su trabajo parecía en Roma bueno y aún excelente; que se le habían ofrecido muchas fundaciones en Roma y en toda Italia, y que muchas pretendientes francesas é italianas se le habían mostrado dispuestas para ello. La contradicción sólo conducía á aumentar el celo que le animaba en favor de la nueva Sociedad. . . . Que al cabo de catorce años de estar esperando, ya era tiempo de dar fin á una desconsoladora incertidumbre y de ponerse el instituto debajo de una regla; de no hacerlo así se daría ocasión á que se propalase que las casas de religiosas, ó están mal gobernadas, ó mal aconsejadas." Indudablemente así ésta como otras cartas de Saint-Estève debían de hacer penosa impresión en la Madre Barat; mas como verdaderamente humilde que era, alegrábase en estas personales reconvencciones y escribía á la Madre Duchesne, con quien tenía íntima confianza: "Por lo menos éste me trata como merezco."

Pero no se detuvo ahí el abate Saint-Estève: en una carta que escribió á 17 de noviembre de 1814 al Padre Clorivière, anciano de ochenta años, y á la sazón provincial de los jesuitas en Francia, trató de persuadirle á que prohibiera al Padre Varín que se

mezclara en dicho asunto. Decía al Padre provincial, que "debía hacer pensar á las hermanas que en sus manos (las de Saint-Estève) se hallaba enteramente todo el poder"; que el Padre Santo, los cardenales, el embajador francés, todos estaban de su parte, y creían que "en caso de haber discordia el culpante de ella era el Padre Varín". Pero el Padre provincial, que fué en su tiempo oficial de marina, no conocía el miedo, y á la audacia inverosímil de Saint-Estève dió por única respuesta mandar inmediatamente al Padre Varín, que tomase de nuevo la dirección espiritual de la Madre Barat, y que sin dilación alguna pusiese manos en la terminación de los estatutos, obra en que debía ayudarle con sus consejos el insigne Padre Druilhet.

Verdaderamente este auxilio llegó á tiempo. "*¡Pax Christi!*" escribía el Padre Varín en su primera carta (23 de noviembre de 1814), escrita como suya con caracteres de fuego, á la Madre Barat, "*¡Pax Christi!*" Por fin se ha deshecho la tormenta que desde hace tiempo vi que se formaba sobre vos y sobre mi propia cabeza. ¡Ánimo pues, valor y confianza! Quien como vos pide junto á la cruz . . . bien debe considerar que la cruz se extiende en dirección á todos los lugares del cielo. . . . Digamos siempre y clamemos: ¡Viva Jesús y su santa cruz! Yo la saludo como vos, y la llevo con vos. ¡Bendito y alabado sea pues mil veces Nuestro Señor y Maestro!"

Por aquel tiempo en efecto vino una cruz después de otra. En la casa establecida en Gante (Bélgica) la confianza en el gobierno y proceder de la supe-

riora general llegó á decaer así en el ánimo de la superiora de allí, la Madre de Peñaranda, como en los sacerdotes que la aconsejaban, á lo cual habían dado sin duda ocasión los malhadados estatutos de Saint-Estève. Con esto se juntó el temer que el galicanismo, que en todas partes mostraba inquieto su espíritu de intriga, llegase á maquinarse algo contra el nuevo instituto. Ni el Padre Varín ni las cartas de la Madre general podían tranquilizar el ánimo ni disipar las punzantes dudas de la Madre Peñaranda. Las cosas tomaban cada vez peor aspecto, hasta el punto de haber sido disuelta la comunidad por decreto episcopal. Sólo seis religiosas fueron á Amiéns á la Madre Barat, que las recibió con los brazos abiertos (21 de diciembre de 1814). Grande fué asimismo el consuelo que recibió en enero de 1823 admitiendo de nuevo á la Madre Peñaranda, que siempre tuvo recta intención y siempre se aconsejó de hombres muy respetables; después vinieron otras religiosas procedentes de la casa de Gante, que volvían también á los brazos de la superiora general <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Nota.* Todo el que tenga siquiera alguna noticia de la oposición sistemática contra la Santa Sede que por entonces — y aun ahora dura en parte — tenía viciado el ánimo de muchos, seglares y sacerdotes, sentirá con la Madre Barat las desdichas de aquellos días de confusión y división, y habrá de tener por buenos los motivos y la actitud de la Madre de Peñaranda. Habiendo temido esta digna religiosa que la pureza ó el fervor del espíritu católico padeciesen disminución en la Sociedad — todavía no aprobada entonces por el Papa — del Sagrado Corazón, esta consideración debió pesar

El día 22 de diciembre la Madre Barat fué invadida de una fiebre mucosa tan pesada, que tuvo en gran peligro su vida por espacio de veinte días. Pero la confianza del Padre Varín era todavía mayor. Suyas fueron estas palabras, escritas de su mano en aquellos días, y que respiran ánimo y confianza: “Males, penas, contradicciones, abatimientos, tribulaciones, desamparos de Dios, trabajos y aflicciones por doquiera, y carecer de todo auxilio sensible, propio es de aquellas almas que se consagran al Corazón de Jesús y anhelan por dilatar el reino de su amor sobre la tierra. No es el discípulo sobre el maestro. Jesucristo ha sufrido todos estos trabajos y con los ojos puestos en la muerte dijo á sus discípulos: Yo he vencido al mundo. — Pongamos nosotros en él toda nuestra confianza: la obra que es de Dios, no perecerá.”

No se había restablecido aún de su enfermedad la Madre Barat cuando he aquí que á principios del año de 1815 llegó de Roma una carta de Saint-Estève con la extraña nueva de haberse fundado en Roma una casa, denominada de San Dionisio, destinada á ser la casa matriz de la Sociedad del Sagrado Corazón. Llegar esta carta á Amiéns y desaparecer allí de entre las religiosas la paz externa, todo fué uno. Las hermanas del Sr. Saint-Estève, la Madre

en su ánimo sobre cualquiera otra. Que ni sombra de ambición ó de otra pasión semejante influyó en su ánimo, pruébalo el haber ella vuelto más tarde al seno de la Sociedad, cuando ésta fué mejor conocida por ella.

de Sambucy y la Madre Copina salieron para Roma, y la Madre Baudemont no tardó en juntarse con ellas en San Dionisio. Otras hermanas dejaron la Sociedad, al paso que algunas, entre las mejores, se sentían intranquilas y llenas de confusión. Sola la Madre Barat conservó inalterablemente la paz: horas enteras se estaba meditando la amarga tristeza del Señor; á menudo se recogía en un pequeño oratorio, vecino á su celda, y junto al altar mayor de la iglesia de las religiosas del Sagrado Corazón en Amiéns, ante un fresco que representa el acto de la crucifixión, reanimaba su devoción. Su conciencia le decía que sólo había pretendido el bien sin mirar al propio interés; que si se había engañado, la culpa no era suya, ante todo le daba á entender que iba el camino derecho, aun cuando las contradicciones se aumentaban. Firme en su espíritu de sacrificio buscaba la fortaleza en Aquel que da á todas las cosas virtud mediante su cruz y su amor.

En esto llegó el estío sin que, dadas las circunstancias afflictivas de la casa de Amiéns, se mejorase su salud. Vínole muy bien que el médico le prescribiera mudar de aires, pues así pudo ir á restablecerse á la pobre sosegada casa de Cuignières, donde reinaban la paz y el amor.

Ya hacía más de medio año que la Madre Barat, hallándose en tan difícil situación, había escrito al que era entonces Provincial de la Compañía de Jesús en Italia, el Padre Panizzoni, pidiéndole consejo; y ahora, finalmente, llegó á tener respuesta, escrita, no á la verdad del mismo Padre Panizzoni, que había cesado

en el oficio, sino, como ella al menos lo suponía, en virtud de legítima sustitución, acaso de su sucesor, aunque el nombre de Stefanelli, que la suscribía, le era enteramente desconocido. Esta carta, fechada en Roma á 3 de agosto de 1815, participaba á la Madre Barat, que ya el Papa había aprobado las reglas y el instituto del abate Saint-Estève y reconocido á él por único superior del mismo. Que si la Madre Barat y sus "cómplices" no aceptaban su mando y jurisdicción, y no querían someterse con todas sus hermanas francesas al convento erigido en Roma, incurrirían en excomunión. Que ya había significado el Papa que aboliría una comunidad que daba muestras de obstinada indocilidad. Demás de esto el que suscribía la carta, exhortaba á la Madre Barat á someterse, y se ofrecía á poner en manos de la superiora de Roma el escrito en que se consignara ese acto, que sería bien recibido.

Admirablemente se condujeron, como verdaderas hijas de la Iglesia, la Madre Barat y sus buenos amigos. El 10 y el 15 de septiembre el Padre Varín le escribía: "El abate Montaigne ha hablado conmigo sobre lo que á vos y á vuestra Sociedad interesa. ¿Será acaso preciso repetiros que en nosotros tenéis amigos fieles? Después de Nuestro Señor y Salvador, que es el primero y el mejor entre todos los amigos, no creo yo que nadie os sea más devoto que nosotros, ni que más sienta vuestra aflicción y esté más dispuesto á consolaros en ella. El abate Montaigne estima que debéis volver á Amiéns y dejar en libertad á las hermanas que quieran seguir la dirección de

Saint-Estève. Ya comprenderéis, cara hermana, cuánto trabajo me cuesta remachar los clavos que os tienen adherida á la cruz. Pero cuento con no desmayar tampoco ahora. Todo lo que hagamos, será recompensado si procedemos imitando el Corazón y movidos del espíritu de nuestro divino Salvador.”

La Madre Barat por su parte estaba pronta á someterse: “Habiendo hablado Roma, decía, la causa está decidida.” Pero todavía esperaba contra toda razón humana de esperar: “Yo espero confiadamente,” escribía á una superiora devota de ella, “que la Sociedad del Sagrado Corazón ha de renacer de sus cenizas. Como el grano de mostaza, ha de ser antes destruído todo aquello que después ha de levantarse y dar fruto” (26 de septiembre de 1815).

Pero las cosas no fueron más allá: el abate Perreau, secretario de la Cancillería de Estado, llegó á descubrir que la respuesta á la Madre Barat fechada en Roma y suscrita al parecer por *Stefanelli*, no era en todas sus partes sino una horrible falsificación, un tejido de mentiras y enredos; y ¡cosa notable! el autor de la funesta carta que tales falsedades contenía, no era otro sino el abate Saint-Estève.

La Madre Barat se esforzó cuanto pudo á guardar reserva sobre el proceder de este sacerdote, cegado por la pasión, si es que no padecía de algún desorden mental, ya que por otra parte era un eclesiástico celoso; y de tal modo se previno á sí misma contra todo sentimiento de rencor, que en los ocho años que duró esta laboriosa contienda, no se le deslizó en ninguna de sus cartas ni una sola palabra de cen-

sura á su contradictor. Pero si en ella decía bien este heroico silencio, á otros les corría el sagrado deber de hablar. El abate Perreau, el obispo de Amiéns y otros, v. gr. el embajador francés, obispo Pressigny, descubrieron la trama urdida por el original secretario de la embajada. Monseñor Pressigny escribió á Francia á un personaje eclesiástico, á propósito de lo que se gloriaba de haber conseguido el abate en Roma, que “en Roma no se corre tanto, sino se examinan los institutos antes de aprobarlos”. Hasta un sacerdote hermano de Saint-Estève desaprobó su conducta. El mismo Saint-Estève no pudo continuar en Roma, pues sus antiguos protectores le volvían ahora naturalmente las espaldas; y cuando regresó á Francia, pudo observar que allí también se había eclipsado su estrella.

La Madre Barat y sus amigos vieron por propia experiencia cuán bueno es poner humildemente en Dios toda nuestra confianza, y cuán verdadera es aquella palabra de la Escritura: *Universi, qui te expectant, non confundentur* (Ps. 24).

En medio de la tormenta de afuera, en aquel inminente peligro de excisión y discordia se sintió más claramente la necesidad de una base más firme y de una unidad en que se juntaran desde luego las que se habían mantenido fieles. Sonó pues la hora de la Providencia en la que, al cabo de prolijas investigaciones y pruebas, se había de establecer la regla y definir autorizadamente con palabras terminantes la esencia y carácter distintivo, el principio vital de la nueva Sociedad. Á este intento se habían

ordenado en el plan divino las dificultades referidas, á que la nueva regla expresase y declarase con la mayor claridad y energía todo lo que según los planes de la Providencia había de formar el espíritu de esta Sociedad.



CAPÍTULO QUINTO.

LOS ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

PARA el día de Todos los Santos de 1815 la Madre Barat convocó á junta de hermanas en París á dos de cada convento, para deliberar acerca de las constituciones de la orden. Antes de haberse reunido, las hermanas oyeron misa en la pequeña capilla de los Padres jesuitas (rue des Postes). El antiguo Padre Provincial les dirigió palabras edificantes acerca del divino Corazón de Nuestro Salvador, objeto de su amor é imitación, á quien debían referir todas sus obras de amor del prójimo.

Las deliberaciones tuvieron lugar en el convento de las hermanas de Santo Tomás de Villanueva bajo la presidencia de la Madre Barat en calidad de superiora. Los Padres Varín y Druilhet asistieron también allí, y pusieron de manifiesto ante las hermanas la regla y estatutos de la Sociedad del Sagrado Corazón tales como ellos los habían bosquejado por encargo del Padre Provincial (véase el capítulo IV). En esta obra ambos autores se completaban uno á otro, armonizándose el vivo entusiasmo y los tonos enérgicos del Padre Varín con la clara penetración,

el reposado juicio y la gran benignidad del Padre Druilhet. Las hermanas creyeron ver revivir en él el espíritu del bienaventurado Padre Tournely.

Estos estatutos no hay necesidad de decir que eran en un todo diferentes de aquellos otros que de la casa de Amiéns fueron remitidos á las demás casas. Acerca de estos escribió la Madre Barat estas palabras, en las que no se hace mención del autor de aquéllos, el abate Saint-Estève: “La obra compaginada en Amiéns adolecía harto de falta de unidad para que no fuera preciso comenzar enteramente de nuevo y volver á la idea primera que dió el ser á nuestra Sociedad. Nosotras ante todo estamos consagradas á dar gloria al Sagrado Corazón de Jesús” (carta de diciembre de 1815).

Este fin de la nueva Sociedad, el primero y el más deseado, halló también ahora en la primera parte del “Ensayo ó bosquejo de la regla” su más calurosa expresión. He aquí cómo principia:

*“En el nombre y para gloria de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.*

“Dios, cuya providencia dispone todas las cosas con sabiduría para bien de la Iglesia, en todos tiempos le ha otorgado socorros proporcionados á sus necesidades. Pero en este último principalmente es en el que ha mostrado más espléndidamente su bondad y generosidad para con ella descubriéndole los tesoros inmensos de gracia escondidos en el Corazón de su Hijo. Con lo cual no sólo ha querido que sea dado á este divino Corazón el culto de amor y adoración á que tiene derecho por tantos títulos, sino